

12/2014

12 febrero de 2014

Federico Aznar Fernández-Montesinos

REFLEXIONES SOBRE EL EMPLEO DE
LAS FUERZAS ARMADAS EN LA LUCHA
CONTRA EL TERRORISMO LOCAL

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

REFLEXIONES SOBRE EL EMPLEO DE LAS FUERZAS ARMADAS EN LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO LOCAL

Resumen:

La utilización de las Fuerzas Armadas en la lucha contra el terrorismo local permite obtener notables beneficios en el plano operacional y táctico pero incorpora severos peajes políticos en un asunto cuya clave, contra cualquier apariencia, es precisamente política y no propiamente militar. Su uso como actor primordial debe ser cuidadosamente ponderado.

Abstract:

The use of the Armed Forces in the fight against local terrorism can obtain significant benefits in operational and tactical level but incorporates severe political tolls in an issue whose key is not properly military but political. So, its use as a corner stone in a conflict must be carefully weighted.

Palabras clave:

Fuerzas Armadas, terrorismo, guerra sucia, legitimidad, violencia.

Keywords:

Armed Forces, terrorism, dirty war, legitimacy, violence.

DEMOCRACIA, TERRORISMO Y FUERZAS ARMADAS.

Lo primero que se precisa para resolver un conflicto es entenderlo, captar sus matices. La violencia, la fuerza, no es su esencia por más que no pocas veces, cuando aparece, sea su manifestación más visible y eclipse todo lo demás. El elemento decisivo, el eje para el análisis, es el objetivo político al que sirve, la racionalidad que subyace oculta tras la violencia, su finalidad.

Ciertamente la democracia enmascara una fuerza arrolladora: la voluntad concertada de millones de personas. Y sucede que perdidos en el fragor de la batalla a veces se olvida este hecho pese a su naturaleza capital; es más, la espiral acción reacción base en no pocas ocasiones de las estrategias de los grupos terroristas es un buen ejemplo de lo natural de este descuido; se usa esta táctica tan manida simplemente porque funciona.

Y es que el terrorismo incita a la sobrerreacción, al exceso, a la pérdida de la racionalidad y al equívoco en la valoración del escenario; el terrorismo es provocación. Podría afirmarse en este contexto, y la Historia, siempre maestra, respaldaría tal afirmación, que el terrorismo en su lucha contra la democracia sólo puede prosperar cuando se cometen errores luchando contra él. La reacción es más peligrosa que la acción que la causa. Ciertamente, no hay nada peor que aceptar y asumir las propuestas del enemigo.

En este contexto, la actuación del Estado además de débil y tardía, aparenta ser ineficaz y puede incitar a los agentes que lo combaten a tomar atajos. El Estado siempre va por detrás de los sucesos nunca por delante. Esa lentitud es el precio que ineludiblemente ha de pagarse al tener que gestionar un poder tan inmenso.

La democracia es algo más que un Estado de Derecho, unas elecciones o un sistema de balances y contrapesos; que también. Es ante todo una ética, una cultura, que implementa el espacio que va desde la norma hasta su puesta en práctica, una forma de hacer las cosas, así como un estado de deliberación permanente entre gobernantes y gobernados que garantiza una respuesta concertada. Como dijera el conde de Saint Exupery *“lo esencial es invisible a los ojos.”*

Por eso, muchas veces, los métodos adversarios no resultan aceptables, no pueden ser asimilados por las democracias en nombre de la legitimidad, de la propia conservación o de la coherencia, en última instancia, en razón de su concepción de la libertad.¹ En esta línea Schmitt sostenía

¹ De Pablo Pardo, Luís María Prologo al libro de Mao Tse Tung. La Guerra de Guerrillas. Editorial Huemul S.A. Buenos Aires 1966, p 19.

“con la lucha partisana surge un nuevo espacio de acción completamente estructurado dado que el partisano no combate en un espacio abierto..., obliga al adversario a entrar en un espacio diferente. De este modo agrega a la superficie del regular teatro de la guerra regular, otra dimensión más oscura en la que quien viste uniforme está condenado.”²

Y es que la definición weberiana del Estado como detentador del monopolio de la violencia legítima no puede restar luz al hecho de que el uso de esta en una democracia real es o debe ser residual, porque el precio se mide en términos de legitimidad, ya sea frente a criminales comunes o terroristas. El poder es potencia no acto; su secreto es que se utiliza poco porque su uso lo desgasta más de lo que aparenta. Es un tótem.

La cuestión no es que la fuerza utilizada sea la militar o de otra índole, toda vez que tan mala es una democracia militarizada como policial, sí es que realmente una democracia así puede merecer tal nombre; la cuestión estriba en el menoscabo que del recurso a la fuerza se infiere para la legitimidad del régimen, lo que además propicia la deconstrucción de las sociedades en las que esta se instala. La democracia es el triunfo de la sociedad civil, su pleno desarrollo. El terrorismo para vencer precisa debilitar a la sociedad contra la que actúa; su victoria es más improbable cuanto mayor es la solidez de esta.

La lucha contra el terrorismo es una colisión de éticas –un espacio que está referido a los medios no a los fines- en la que sólo uno puede ensuciarse, pues el terrorista, alegando excepcionalmente su situación de debilidad, escapa a cualquier restricción impuesta por la moralidad al uso.

Pero el Estado no, queda como rehén de la ética que proclama; sin embargo, el terrorista pagará el precio por su proceder al final, - y más si no alcanza sus objetivos - y no sólo en términos de cárcel, sino también en clave política, al haber manchado de sangre su narrativa. *“Perder para ganar”*, al decir de San Pablo; pero hay que saber perder y contenerse, esa es la clave. Como recuerda el libro del Eclesiástico el secreto de la sabiduría es la disciplina.

Y es que la diferencia de poderes no es resolutive. Dado que con su forma de combatir el terrorista trata de influir en las decisiones de su gobierno y en la opinión pública, resulta más relevante para el Estado defender el centro de gravedad propio que atacar el contrario.

El terrorismo lo que pretende es quebrantar la voluntad de lucha de la contraparte. No se trata de la colonización militar para controlar un territorio sino de la colonización mental con

² Schmitt, Carl. “Teoría del partisano” en El concepto de lo político. Alianza Editorial, Madrid, 1991, p. 169.

vistas al ejercicio del control de una sociedad a través efecto multiplicador de los medios de comunicación.

Antes de entrar en el debate sobre el papel de las Fuerzas Armadas en la lucha directa contra el terrorismo se precisa entrar a definir el proceso contra el que se pretende actuar. Después se analizarán las consecuencias de la entrada de las Fuerzas Armadas en distintos ámbitos; así en primer término se analizarán las consecuencias de la entrada en conflicto contra el terrorismo dentro de las propias Fuerzas Armadas, en el grupo terrorista y en su base social, en la sociedad a la que sirven para luego hacerlo desde la óptica de la sociedad internacional y dar paso a unas conclusiones.

LA VIOLENCIA EXPRESIVA DEL TERRORISMO. LA NARRACIÓN

El terrorismo es, por muy ilegítimo que resulte, una herramienta de la política. Y lo podemos definir como el empleo mediático (o la amenaza de tal) de la violencia en apoyo de un concreto proyecto político. Es más, si la guerra es un acto de comunicación, una dialéctica con un suplemento de violencia, el terrorismo es una actividad política escenificada mediante un cierto derramamiento de sangre. Con él se pretende secuestrar la imaginación del colectivo que asiste como espectador a su actividad pero que realmente también está incluido en la obra que se representa.

Por eso el terrorismo dosifica y modula la violencia en dosis homeopáticas atacando los nodos de la sociedad y el Estado para propiciar su transformación. Sus actos son acciones de alto contenido simbólico que pretenden demostrar la capacidad y representatividad del grupo que se presenta como el brazo armado de una sociedad (o de parte de ella) y expresión de su legítima voluntad.

Esta es la razón por la que los grupos terroristas se desgajan de los partidos de los que surgen para intentar liberarles de la responsabilidad de sus actos y así no dañar su legitimidad mientras incorporan sus réditos. A la contra, el terrorismo es negación no construcción; debe formar parte de una estrategia más amplia que incluya a otros grupos con los que alcanza una simbiosis nunca explícita.

A todas luces, el terrorismo no puede ser resolutivo en tanto que no puede imponer su parecer, escenificando mediante una estrategia mediática (está cortado a la medida de los medios de comunicación; sus actuaciones tienen las dimensiones en profundidad y anchura del objetivo de una cámara), un poder con el que, realmente, no cuenta; por eso el terrorismo es ficción de guerra en la medida en que también es ficción de poder.

Sólo es viable cuando se hace visible y es tomado en consideración; no aspira a la derrota del oponente – no cuenta con capacidad militar, ya que su reducido número es apto para operar (el secreto obliga) no para vencer; y además no tiene capacidad ni intelectual ni humana para gestionar la victoria - sino tan sólo a una imagen, a una fotografía. Es teatro, ficción; es emocionalidad.

El terrorismo es ofensiva a ultranza e implica acciones tácticas que inciden directamente en el plano de lo político. Son actuaciones que superan su objeto. Es decir, se produce una sobrepolitización de sus actos, fruto de los elementos dionisiacos de que es portador, con una emocionalidad con la que se pretende desbordar cualquier plano incluido el ético, lo que hace de la “acción directa” una actividad extremadamente eficaz. Violencia y presión mediática se encuentran asociadas; para ello se sirve de pulsos discontinuos de terror que se prolongan en el tiempo.

Para derrotar a este enemigo lo primero que procede es preguntarse, desde una óptica clausewitziana, es cuál es su centro de gravedad. Claramente, no son sus capacidades, que hasta cierto punto también (suprimiendo sus medios se puede acabar con el fenómeno, aunque no se logre disolver el colectivo humano que lo apoya; tal vez al principio resultaba posible, pero la valoración de su riesgo no suele ser adecuada). Su actividad, no pretende tanto destruir como provocar una reacción equívoca para cuestionar la legitimidad y alimentar su discurso mientras debilita el del oponente.

La clave se sitúa así en una cuestión evanescente como es la legitimidad. La fuerza con legitimidad es autoridad; y se degrada a mera violencia cuando no cuenta con aquella. La clave de la acción terrorista, su columna vertebral, se sitúa en su narrativa; en ella se hilvanan acción, mensaje y causa; un medio que forma parte del mensaje y que sirve para agrupar en torno a ella al colectivo objeto y objetivo real de la lucha. Las narrativas no son racionales sino emocionales; se construyen en base a percepciones, lugares comunes y saltos argumentales pretendiendo expresar una realidad intuida sobre la promesa de un mundo mejor.

Una narrativa es siempre una selección de hechos que conduce a un imaginario preestablecido, un equilibrio entre realidad y ficción. Una conjunto cohesionado de ideas, no falso pero sí incompleto; puede ser una ideología, una religión... No son un hecho neutral ni objetivo. Su función es hacer inteligible la realidad a través de una intencionada simplificación; es una visión del mundo por muy sesgada que sea ella y extravagante el punto de referencia desde el que se hace. El terrorismo no es sino una narrativa sangrienta.

A las narrativas las caracteriza también el reduccionismo, la gestión de los silencios, el no contemplar, la ignorancia deliberada de aquello que las contradice o no las apoya. De ahí su preclara coherencia, de la que se mantienen ausentes la mayor parte de los actos humanos.

La verdad, un poco atractivo prosaísmo o un conjunto de datos nada sugerentes, no son el criterio definitivo de valoración, sino la emoción de una propuesta ilusionante por poco realista que pueda llegar a ser. Es un acto de creación, de voluntad, que incorpora elementos racionales e irracionales. Un mecanismo de construcción de identidad, un instrumento de socialización. Por eso no es inmutable en su forma. Cambia para mantener inalterable el fondo; evoluciona y se adapta incorporando elementos del presente que enlazan con su propuesta de futuro. Cuentan con capacidad para reinterpretar los hechos e incluso a sí mismas con tal de mantener una coherencia emocional con los fines.

Son románticas pero no universalistas ni racionalmente simétricas; parten siempre de una arcadia feliz que permite explicar el futuro utilizando el pasado; o, para ser más exacto, reescriben el pasado en nombre del futuro. Si una referencia no sirve, sin ambages, se busca otra; lo importante es preservar el espíritu movilizador, la dinámica.

Y es que las narrativas no describen la realidad sino que la crean, generando el espacio ético necesario para la violencia: los terroristas precisan de una ética para poder convivir con la violencia de que son portadores. De no existir las narrativas pasarían de ser gestores de la violencia a incorporarlas a su vida degradándose ante el grupo y también ante sí mismos, a la condición de delincuentes, o peor aun, a la de psicópatas.

En el mundo moderno, oponerse es más sencillo que explicar. Su simplicidad, la reiteración machacona de su mensaje y una escenificación indubitativa le otorga ventaja desde la perspectiva de la comunicación política.

El temor irracionalmente puede acabar por adueñarse de la población y obligar a aceptar las demandas de los terroristas o exigir una protección desmesurada a costa de otros riesgos e incluso en detrimento de la libertad; el único derrotado en cualquier caso siempre es el ciudadano.³

La forma de separar al pueblo de su gobierno es desestabilizar al Estado tratando de hacer que éste muestre su naturaleza más coercitiva; así su respuesta se convierte en un revulsivo que ayuda a la cristalización de las aspiraciones de la parte de población objetivo y propiciar su movilización.

³ Ruiz García, Juan Manuel. "La teoría política del terror". *Revista Sociedad y Utopía* núm 19/2002, p. 175.

LAS FUERZAS ARMADAS EN LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO

El empleo de las Fuerzas Armadas en labores directas de lucha contra el terrorismo si por un lado puede suponer notables beneficios en los niveles de decisión operacionales y tácticos, paradójicamente entraña notables riesgos en el plano de lo político.

Ciertamente, por lo común, los militares no gustan de ser sujetos pasivos en un momento en que la patria está en riesgo, o mejor dicho, se la presenta como débil e indefensa frente a la malicia terrorista; ni tampoco quieren sufrir en esta situación de inactividad el zarpazo provocador del terrorismo. Su deseo de implicarse en tal lucha es inherente a su espíritu. No cabe, y diría más, no debe haber otra opción. Son los puestos de *“mayor riesgo y fatiga”* que reclama su ética y voluntad de servicio público. Está en sus genes.

La participación en la lucha contra el terrorismo, puede satisfacer los aspectos emocionales y volitivos de la institución, alejarla de la pasividad. Además, esta lucha las hace útiles y justifica, contribuyendo a la visualización del poder del Estado, de su capacidad, que la actuación de los terroristas cuestiona permanentemente y que desde el momento de su entrada en liza queda meridianamente clara.

Pero es preciso entender que las Fuerzas Armadas se mueven en el plano militar, mientras la actividad terrorista, pese a las apariencias, se desarrolla en el ámbito de lo político (son actuaciones tácticas diseñadas para influir políticamente), dos niveles diferentes, pese a que no lo sean del todo y conserven espacios comunes.

De partida con la intervención de las Fuerzas Armadas, normalmente se produce una fulgurante mejora de la situación operacional y táctica, en general, de las condiciones de seguridad vigentes. Se restituye la seguridad al tiempo que se recupera para el Estado el espacio público, o cuanto menos, una significativa porción de este.

No obstante, el simbolismo que acompaña al poder militar puede colateralmente contribuir a la legitimación de los grupos terroristas en la medida en que una actuación excepcional del Estado es algo no habitual frente a meros criminales. Se está produciendo de facto un reconocimiento de su capacidad, de su representatividad, de su apoyo social. Por la importancia de sus enemigos les reconoceréis.

En general, los conflictos del siglo XXI no se libran con una gran potencia de fuego, sino a fuego lento, sin principio o final claro, mientras que la línea divisoria entre las partes beligerantes, por un lado, y el crimen organizado, por otro, es cada vez más difusa.

Es esta una lucha que enfrenta lo más visible contra lo invisible, en la que no se cumple necesariamente el viejo aforismo jurídico que señala que *“quien puede lo más puede lo menos.”* Es más, pese a la mejora inicial producida con la entrada en liza de las Fuerzas Armadas esta no resuelve los problemas inherentes a la dimensión política de la lucha por más que pueda sofocar algunos de sus fuegos.

El problema no está en ganar la *“guerra”*, ya que el problema militar de la contienda realmente se encuentra resuelto de ante mano. Los terroristas no cuentan con las mínimas capacidades que oponer a las propias de las Fuerzas Armadas; el problema se sitúa en otro plano, en *“ganar la paz”*, esto es, en la derrota política de la propuesta terrorista, en el desmontaje de su narrativa, en el desenganche de su base social de la que se autoproclama conciencia y rayo vengador.

Y es que no se puede confundir la victoria con la paz. La primera es el fin militar del conflicto en tanto que el segundo término expresa su definitiva resolución política, que difícilmente puede alcanzarse únicamente por esta vía, a no ser que el grupo terrorista carezca por completo de base social.

La victoria, no pocas veces aplaza el conflicto, lo empuja hacia delante en el tiempo, pero no lo resuelve. Y cuando la presión aminore o, como predecía Clausewitz, cuando los terroristas se adapten a la nueva circunstancia y encuentren la vía más acertada para proceder contra el Estado, el problema volverá a aparecer de nuevo y las condiciones para su resolución serán aun peores si cabe.

Además, las Fuerzas Armadas no tienen una doctrina específica para desarrollar este tipo de operaciones para las que tampoco han sido adiestrados; y, por si fuera poco, su cultura de trabajo es muy otra. Son militares no policías – con otros valores, otras concepciones del mundo, otros méritos, otras aspiraciones - aunque coyunturalmente puedan actuar como tales. Así, en la guerra de Argelia según cuenta el general Massu: *“Los paracaidistas siempre han insistido en que se les dio un trabajo que no era el suyo, un oficio de policía para el que no nadie les había preparado, y que enfrentados al dilema ellos o nosotros eligieron lo obvio.”*⁴

La ausencia de discriminación contribuye a propagar el miedo psicológico cuyos efectos son desproporcionados en cuanto a los daños materiales.⁵ Si no se hace una selección, la réplica defensiva corre el riesgo de no hacerla tampoco; todos los individuos de una sociedad se

⁴ Pizarro Pizarro, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea. Tesis doctoral Universidad Complutense, Facultad de Geografía e Historia 2007, p. 432.

⁵ David, Charles-Philippe. La guerra y la paz. Icaria, Barcelona 2008, p. 139.

presuponen sospechosos y como resultado se disuelven los lazos de la comunidad, pues no existe comunidad cuando no impera la confianza.⁶

El trabajo que ha de emprenderse consecuentemente podría calificarse como de cirugía no invasiva (o cuanto más mínimamente; incluso mejor aun, que sea su propio grupo social quien les expulse): extraer los elementos subversivos del núcleo social con el que tratan de confundirse sin dañarlo. Evitar por cualquier medio que la parte se confunda con el todo, y el fin con los medios. Y eso no sólo requiere de preparación y pericia, sino de una cultura, una doctrina y habilidad específica en la que el soldado, por principio, no tiene porqué estar preparado. Es un trabajo de profesionales, de policías.

Además, al militar estas zonas de claroscuro no le gustan, no hay nobleza en el conflicto, ni cabe esperársela. En palabras de T.E. Lawrence *“hacer la guerra contra los insurgentes es tan caótico y lento como comer sopa con un cuchillo”*.⁷

De hecho, el tipo de conflicto le obliga a realizar labores hasta de inteligencia interna, cosa que se manifiesta alejada de una cultura asentada sobre la lealtad, la obediencia y el compañerismo. El militar, por norma general, entiende mal la vileza y perversidad inherente a la práctica terrorista; esta escapa a su cultura y concepción del mundo. Todo ello, unido a los graves problemas culturales y éticos que se le plantean y las contradicciones en que se desarrolla su actividad, puede acabar socavando su moral.

Aun es más, esta incapacidad para resolver definitivamente un conflicto que se prolonga en el tiempo, puede provocar la pérdida de la ecuanimidad y errores al tratar de obtener resultados en el corto plazo (que es normalmente el marco habitual de su trabajo) a la vez que frustración y exasperación en el colectivo, haciendo fácil caer en la indeseada espiral acción reacción (acción represión) y presenta a las Fuerzas Armadas como enemigas de la parte de la sociedad de la que los terroristas se auto designan representantes.

Es imprescindible evitar las políticas reactivas, dejarse provocar, obedecer a imperativos crematísticos cosa muy posible ya que los grandes no saben muchas veces hacer *“guerras”* pequeñas – no han sido diseñados ni estructural ni culturalmente para ellas - y ni siquiera cuentan con la paciencia precisa. No es una lucha visceral sino entre razones descarnadas e implacables.

⁶ Aron, Raymond. Paz y guerra entre las naciones. Ministerio de Defensa, Madrid 1993, pp. 213-214.

⁷ Lawrence, T.E. Los siete pilares de la sabiduría. Editorial Óptima, Barcelona 2000, p. 154 esta frase da título a la obra de Nagl, John A. Eating soap with a knife. University Press 2005, p XII.

LA ACTITUD DE LOS TERRORISTAS Y SUS GRUPOS DE APOYO

Para el grupo terrorista la entrada de las Fuerzas Armadas en la lucha supone una verificación de sus propuestas deslegitimadoras. Esta, a la inversa de las Fuerzas Armadas, se paga en términos operativos, pero sus réditos se obtienen en el ámbito de lo político. Se trata a la postre de una victoria en la medida en que encarna un reconocimiento de sus capacidades toda vez que fuerza al Estado a realizar una actuación excepcional.

El debilitamiento operativo de los terroristas, la presión, sirve para cohesionar el grupo y, lo que es más importante, fortalece su discurso, mientras le dota de una visibilidad y atrae la atención internacional.

Su actuación está orientada en la explotación de las fisuras no militares del oponente, el aprovechamiento violento de las constricciones del Estado de Derecho y del Derecho Internacional, la búsqueda del colapso social del enemigo a través de operaciones de pequeña entidad o la prolongación de las operaciones, haciendo que la victoria sea para el que *“supo resistir más tiempo, soportar más bajas y mantener su fe en la victoria.”*⁸ En palabras de Raymond Aron *“los guerrilleros ganan la guerra cuando no la pierden y quienes luchan contra ellos la pierden sino la ganan.”*⁹ Los terroristas están altamente motivados.

La situación táctica, especialmente al principio, empeora sensiblemente para ellos, cosa que, invariablemente, tratan de presentar como fruto de la naturaleza abusiva y represora del Estado, cuestionando su legitimidad y el sometimiento de su proceder a los valores democráticos, a través de la permanente denuncia tanto ante la sociedad nacional como ante la internacional, mientras tratan de obtener el reconocimiento del estatus de parte.

Además la violencia engendra nuevas violencias, y tiende a expandir sus límites mientras invoca lo que Clausewitz llamaba el isomorfismo de las estrategias militares, la tendencia – pulsión - de las partes a parecerse mutuamente entre sí, el intento de los terroristas por convertirse y equipararse a militares, ganado con ello en el plano de la narrativa.

Mientras los agentes del Estado sienten igual pulsión pero en nombre de la eficacia (lo militar pertenece al ámbito de lo tangible, el militar prefiere ver y tocar a oler y gustar y quiere resultados a corto), por actuar como terroristas, lo que puede hacerles perder lo que ya tienen y los otros necesitan, de nuevo, la legitimidad. Es la inversa del ascenso a los

⁸ Pizarro Pizarro, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea. Opus citada, p. 465.

⁹ Aron, Raymond. Pensar la guerra, Clausewitz. T. II. Opus citada, p.197.

extremos clausewitzanos (la tendencia dialéctica al uso de toda la fuerza posible en un conflicto); es, con la misma lógica, el descenso a lo ínfimo.

El terrorismo, es una amenaza de naturaleza dual – civil y militar - e incita a una respuesta militar,¹⁰ y teniendo en consideración que, en el plano militar, es dialéctico, dentro de la política de lo peor tratan de beneficiarse del efecto rebote,¹¹ en términos de ética y propaganda.

Así, los terroristas tratan de identificarse con los militares, ganando puntos en la batalla narrativa, mientras actúan sin someterse a sus constreñimientos aduciendo su excepcional situación de debilidad. Esto, unido al victimismo característico contribuye al reforzamiento ante su grupo de apoyo del cual se presentan como conciencia, mostrando al conjunto del Estado y a sus Fuerzas Armadas como si se trataran de unas fuerzas de ocupación ajenas por completo a la sociedad en cuyo nombre dicen actuar.

Así, cuando a finales de los setenta, las Fuerzas Armadas británicas operaron en el Ulster como fuerza de interposición ante el desarrollo de una escalada de violencia, el IRA hizo ver que no eran fuerzas neutrales ante hechos como el arresto en 1971 de cientos de católicos de los que sólo unos pocos resultaron acusados. Son los peligros de una respuesta que el terrorista invariablemente trata de utilizar para legitimar su causa sumándola a su monólogo, lo cual requiere su uso meditado y extremadamente cuidadoso.

Aun es más, la actuación del Ejército Británico tras el levantamiento de Pascua de 1916 en Irlanda y las ejecuciones que siguieron a este, convirtieron en mártires a quienes hubiera podido presentar como peligrosos para la comunidad y para sí mismos además de torpes e incompetentes. La independencia de Irlanda está ligada a esa acción represora. El poeta Yeats supo captar magistralmente ese momento.

*En piedra puede acabar convertido
un corazón de sacrificar tanto.
Ah, ¿cuándo se hartarán? Papel divino
es ese, el nuestro es ir musitando
nombre tras nombre, como una madre
el de su hijo, cuando al fin el sueño
se apodera de las extremidades
que estaban agitándose sin freno.*

¹⁰ Diamint, Rut. "Misiones militares." en S. Tulchin, Joseph (coord.). La seguridad desde las dos orillas. Ediciones Bellaterra, Barcelona 2006, p. 67.

¹¹ Ignatieff, Michael. El mal menor. Editorial Taurus, Madrid 2005, p. 90.

*¿Y no es esto el anochecer acaso?
No, no, no es la noche; es la muerte;
¿Fue inútil esa muerte al fin y al cabo?
Porque Inglaterra su palabra puede
cumplir por todo lo dicho y hecho.
Conocemos el sueño de ellos; basta
con saber que soñaron y están muertos.
Pero ¿qué importa si un amor sin tasa
hasta la muerte los enajenó?
Todo esto voy yo a escribir en rima:
MacBride y MacDonagh, el profesor,
Pearse y Connolly, el sindicalista,
ahora mismo y en tiempos venideros,
dondequiera que el verde sea exhibido,
del todo habrán cambiado todos ellos:
una terrible belleza ha nacido.¹²*

LA SOCIEDAD

Las sociedades son factorías de moralidad en la medida en que son ellas las que definen cuando (y cuando no) es adecuada y proporcionada la violencia, según se adapte (o no) a los patrones culturales vigentes. Su asentimiento resulta esencial en la lucha contra el terrorismo al fijar estas el marco en que tal lucha debe desarrollarse. Es más, es la sociedad, su voluntad, la que al final define su propia victoria o su derrota.

Para la sociedad la intervención de las Fuerzas Armadas en la lucha contra el terrorismo genera inicialmente un sentimiento de alivio fruto de la rápida mejora de las condiciones de seguridad. No obstante, la dinámica de la lucha contraterrorista asociada a la expansión de los límites de la violencia, corre el riesgo de “*securitizar*” otros aspectos de la vida social del país, ocupando aun más espacio político y militarizando el Estado con evidente perjuicio de la legitimidad democrática, esto es, del valor clave a preservar, del elemento que dota de fuerza y consistencia a su proceder.

Y es que la prolongación del conflicto transforma lo excepcional en norma habitual generando recortes de derechos y dificultades para la vida cotidiana al tiempo que imponen sacrificios; la pérdida de perspectiva puede ser causa de que se descuiden los aspectos no

¹² Yeats, W. B. Antología Poética. Editorial Lumen, 2005. Versión rimada de Daniel Aguirre

propiamente operativos del conflicto, por lo demás, inherentes y esenciales a toda sociedad civil. Este proceso puede acabar en una fuerte contestación social.

Por ello, el control y la valoración de la situación deben ser sumamente estrictos ante el riesgo de que el Estado acabe por acostumbrarse a trabajar en una línea diferente a sus principios inspiradores básicos. Pueden surgir así dentro del ambiente de exceso, actuaciones contrarias a los principios propugnados que van más allá del uso residual de la fuerza al que se encuentra obligada toda democracia.

Pero los atajos no resuelven nada porque van siempre contra la manifestación del fenómeno que es la violencia y no contra su centro de gravedad que, como se ha visto, se sitúa en la narrativa, sacrificando en el envite el valor capital en juego la ética; esto es, subordinando la política a la táctica en acciones que no son resolutorias por sí mismas y que, las más de las veces, ni siquiera contribuyen a la resolución del conflicto e igualan éticamente a las partes. Además, las Fuerzas Armadas de una democracia, ni ética cultural ni técnicamente, están preparadas para el uso sistemático de una metodología impropia. Un factor crítico, su moral, su voluntad, se resentiría grandemente de ello. Y la legitimidad de la causa lo haría aun más.

En una democracia no existe *“Terrorismo de Estado”*, si acaso puede haber *“Terrorismo de Gobierno”* si funcionarios del Estado, obrando contra derecho, se ven implicados en estas actividades. Estos hechos no pueden disculparse de ninguna manera y el Estado está obligado a emplear toda su fuerza en su represión para no verse comprometido.

Aun es más, la primacía de lo militar corre el riesgo de transformar a las Fuerzas Armadas en una suerte de ídolo merecedor *per se* de toda adoración y crédito, un espacio al margen de la necesaria crítica y contrapeso; esto hace que las instituciones se anquilosen y propicia, en un momento dado, su abrupta y traumática desacralización. Y lo que es todavía peor, acabar subordinando la política a la táctica y pervirtiendo de nuevo la célebre ecuación de Clausewitz. Como ya dijera el Conde de Mirabeau: *“Todos los países tienen un Ejército, excepto Prusia donde es el Ejército el que tiene un país.”*

No se olvide que la palabra terrorismo tiene orígenes estatales al quedar asociada al periodo revolucionario bajo la hegemonía de Robespierre y significado por el omnipotente Comité de Salud Pública; su nombre proviene de un discurso de aquel que unía virtud y terror: *“la virtud sin la cual el terror sería funesto, el terror sin el cual la virtud sería impotente”*, de este modo, la ideología – la virtud – quede indisolublemente asociada a los medios – el terror – en una peligrosa simbiosis que los equiparaba. La célebre *“Ley de Sospechosos”*¹³ de la época

¹³ “Artículo 1. Inmediatamente después de la publicación del presente decreto todos los sospechosos que se encuentren en el territorio de la República y que estén aún en libertad serán detenidos. 2. Se considerarán

hacía de cualquier sospechoso un culpable por el mero hecho de serlo, identificándose como irreductibles enemigos de un grupo social. Y todo ello se hizo en el sacrosanto nombre de la libertad.

Así, Francia en Argelia no podía vencer decisivamente ni traer de vuelta el Ejército a la metrópoli, con lo que su opinión pública se hastió y acabó por imponerse la retirada. Una democracia liberal no libra una guerra contra sus propios principios y contra la voluntad de quienes no se quieren dejar dominar, es imposible asimilar y a los que ningún acto de terror convertiría al patriotismo francés.¹⁴ La clave del problema era más propiamente política que militar. La población musulmana, por persuasión o por terror, se ponía del lado de los rebeldes, un enemigo al que los coloniales no lograban distinguir.¹⁵

Cuando Troya destruyó sus murallas para permitir la entrada de un caballo construido, por si fuera poco, como ofrenda para una diosa hostil, se convirtió, según la tradición (ya por ello Rómulo mató a Remo¹⁶) y por ese sólo acto, en enemiga de sí misma. Un Estado no puede ser hostil a una porción de su sociedad, va contra su esencia integradora; el objetivo es combatir a los terroristas evitando ese supuesto. La distinción entre unos y otros constituye una necesidad básica, crítica, y debe ser muy explícita; esto es un problema grave y delicado. Como reza el dictum bíblico en boca del mismo Jesucristo: *“Todo reino dividido contra sí mismo queda assolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir.”*

No se puede tratar de confrontar fuerzas ni siquiera de oponer discursos. Es más, el discurso propio no precisa ser confrontado como pretenden los terroristas. Debe ser un discurso mejor, una narrativa inclusiva, una oferta que asuma la narrativa de los otros, la supere y disuelva sus demandas. La democracia es clave pues tal es su función; es nuevamente, y en esta ocasión por razones operativas, el valor clave a preservar en este conflicto evitando el colapso de la esperanza y la fractura de una sociedad que puede dejar de creer en sí misma fruto de la espiral de desconfianza generada por el terrorismo.

sospechosos: 1.º Los que por su conducta, por sus relaciones, por sus propósitos o sus escritos, se han mostrado partidarios de la tiranía o del federalismo y enemigos de la libertad; 2.º, los que no puedan justificar sus medios de existencia y el cumplimiento de sus deberes cívicos; 3.º, aquellos a los que se hubiera negado el certificado de ciudadanía; 4.º, los funcionarios públicos suspendidos o destituidos de sus funciones por la Convención nacional o por sus comisarios, y no rehabilitados; 5.º, los hasta ahora nobles, comprendidos los maridos, mujeres, padres, madres, hijos o hijas, hermanos o hermanas, y los administradores de emigrados, que no hayan manifestado constantemente su adhesión a la revolución; 6.º, los que han emigrado desde el 1 de julio de 1789, aunque hayan vuelto a Francia. [...]”

¹⁴ Aron, Raymond. *Pensar la guerra, Clausewitz T II*. Opus citada, pp. 176 y ss.

¹⁵ Pizarro Pizarro, José A. *La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea*. Opus citada, p 432.

¹⁶ Rómulo, para delimitar Roma, trazó un recuadro con un arado en lo alto del monte *Palatino* y juró que mataría a quien osase traspasarlo. Remo le desobedeció y cruzó con desprecio la línea, por lo que su hermano le mató y quedó como el único y primer Rey de Roma

La victoria es siempre propia de una sociedad fuerte no de un Estado fuerte, que también. Porque si la sociedad es fuerte y el Estado se debilita lo cambiará y nada sucederá. En Francia a la monarquía le siguió la I República, el Consulado, el Imperio, la monarquía, la II República...lo que hiciera falta para la sociedad. Y dudar de uno mismo no es ser débil, sino occidental. De hecho la duda es la base del progreso de Occidente. La falta de dudas es característica de ignorantes, talibanes... gentes que no sirven de ejemplo.

LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

La utilización directa del poder militar en la lucha contra el terrorismo es una cuestión que ineludiblemente llama la atención de la comunidad internacional y consecuentemente, contribuye a la visualización del conflicto que se convierte en foco de interés para una sociedad internacional sensibilizada por constatados excesos (a los que de cierta manera se pone en paralelo), y que se mantiene vigilante a través de mil ojos distintos (unos a favor, otros activamente en contra y recurriendo a los medios, algunos manipulados por los terroristas) frente a cualquier actuación desproporcionada. Surgen dudas y todos tienen una opinión.

La razón para ello se encuentra en la convicción compartida de que el no respeto de los principios y compromisos de la ONU libremente aceptados, especialmente en el ámbito de los derechos humanos, afecta a la paz y a la estabilidad internacional. La problemática de un desarrollo efectivo de los derechos humanos está ligada con una concepción global de la seguridad de interés para la comunidad internacional, es la *"responsabilidad de proteger,"* los límites del otra hora sacrosanto principio de soberanía.

De hecho, uno de los objetivos de los terroristas es la internacionalización del conflicto toda vez que esta supone una ampliación del marco en el que este se desarrolla. Al ampliar el marco la diferencia de capacidades de las partes se diluye al tiempo que se introducen en el escenario nuevos actores susceptibles de modificar por su intervención la composición de fuerzas vigentes.

Esa misma comunidad cuando mira al conflicto no puede evitar ver en él dos partes perfectamente diferenciadas y buscando la *"neutralidad"* tratar de entender al otro - para ello hay que aproximarse a él, ponerse en su lugar -, lo que supone de partida además de exportar el discurso, un plus de publicidad y de legitimación. Los manifiestamente débiles, los *freedom fighter*, errados o no, siempre inspiran simpatía.

En este esfuerzo de una forma u otra, a veces más y otras menos, se diluyen los distinguos con lo que se está produciendo explícita o implícitamente la equiparación, de quienes se visualiza como contendientes; la sangre cuando se derrama lejos, si se ve emociona menos, aquí las razones son más importantes y, a la contra, no se entiende su impacto psicológico en quienes los combaten, que además parecen abusar de su manifiesta superioridad; nada les es perdonado. El victimista discurso del terrorismo se hace más visible. Una buena foto de represión puede significar la victoria decisiva; y siempre es posible obtenerla.

CONCLUSIONES

Decía Clausewitz que la guerra (y el terrorismo, recuérdese, es ficción de guerra) es un camaleón, diferente de una coyuntura a otra, pues se adapta a todas. Resulta, pues, imprescindible saber vislumbrar los rasgos que la definen para poder afrontarla con acierto. La ética, la narrativa, es el eje sobre el que gravitan los contendientes.

Las democracias encarnan una fuerza insuperable, la voluntad concertada de millones de ciudadanos, circunstancia que no pocas veces se olvida al afrontar el terrorismo. Pero tienen la servidumbre de realizar un uso residual del poder. Es importante disponer de un Estado fuerte, pero aun lo es más contar con una sociedad madura y cohesionada; a fin de cuentas el Estado con todo su aparataje está a su servicio. Frente a ella el terrorismo tiene pocas opciones. Esparta no tenía murallas, según nos recuerda Tucídides, porque tenía a sus ciudadanos.

La utilización de las Fuerzas Armadas en la lucha contra el terrorismo inicialmente transfiere una sensación seguridad inmediata. Muestra determinación. Da la sensación de que se está dispuesto a resolver el problema y puede afectar a la voluntad de los terroristas cuya situación operativa se derrumba. La cuestión es que tiene un costo en términos políticos y no atiende al núcleo central del problema que es la narrativa, el desenganche del grupo social que los apoya, favoreciendo el victimista discurso del terrorismo y convirtiendo su actuación en foco de atención internacional. El empleo de las Fuerzas Armadas, la represión pura, no resuelve los problemas políticos que el terrorismo plantea. El problema del terrorismo no suele estar en la fuerza de los terroristas.

Las Fuerzas Armadas no son policías, no están dotados de la pericia técnica, la preparación y la profesionalidad que tan demandante labor requiere. Aun es más, por su cultura les resulta muy difícil entender plenamente fenómenos como el terrorismo. Y eso hace muy difícil que puedan contribuir a su resolución.

Todo ello genera problemas éticos en un conflicto que se prolonga sin resolverse afectando a la moral y sirviendo para realimentar la estrategia victimista del terrorismo. Incluso puede producirse una espiral esquizoide que haga todo de interés para la Seguridad Nacional.

En cualquier caso el ciudadano es víctima sufrida de esta ampliación de límites del conflicto, ya sea por las incertidumbres que genera esta intervención o por las limitaciones de sus derechos y el descuido político de los aspectos no operativos y aun de la propia vida social.

Además, los terroristas indefectiblemente van a presentar tal intervención para tratar de dotarse del estatus de soldado y recabar una legitimidad que su causa no tiene. Se está empeorando, como ya se apuntaba, la situación política.

Las réplicas extemporáneas tienen el riesgo de igualar peligrosamente a las partes. Es capital preservar el sentido de comunidad. La ética fortalece el grupo, carga de razones y acrecienta la voluntad. Conviene no olvidar lo apuntado por Hannah Arendt cuando señala que

*“como la finalidad de la acción humana..., nunca puede ser fiablemente prevista, los medios utilizados para lograr objetivos políticos son, más a menudo que lo contrario, de importancia mayor para el mundo futuro que los objetivos propuestos”.*¹⁷

Y es que, en los conflictos la violencia es interactiva y los contendientes, por inercia, tratan de superarse los unos a los otros sin límite en cuanto a la violencia teórica que van a utilizar; como resultado, al cabo de un tiempo, terminan pareciéndose entre sí en infinidad de detalles y las diferencias iniciales que les separaban cuando comenzaron a enfrentarse terminan por desaparecer.

Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado son habitualmente suficientes en número y capacidad (no precisan de armamento pesado); estas policías, cuando están militarizadas como la Guardia Civil, no distinguen entre lo interior y lo exterior domesticando la frontera y disminuyendo el perfil político del conflicto situándolo al mismo nivel que una mera represión de delincuentes comunes.

Cosa diferente de lo expuesto hasta ahora es la utilización de las Fuerzas Armadas en labores de apoyo a la actuación de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, de los auténticos especialistas, haciendo labores de protección de infraestructuras críticas, vigilancia..., e incluso alguna intervención puntual pero siempre en un segundo plano, esto es, apoyando no liderando. La seguridad mejora sensiblemente y no hay canon político por ello.

¹⁷ Arendt Hannah. Crisis de la República. Taurus, Madrid 1973, p. 148.

En cualquier caso, la acción política y la policial deben ser simultáneas, si bien debe primar la primera. El secreto de la esfinge suele ser que la esfinge no tiene secreto y si lo tiene, su enigma, no pasa de resultar una conocida vulgaridad sino una superchería inconexa, por lo demás, indefendible en democracia y sin un apoyo social real. Lo mejor es pasar de largo e ignorarla, abandonarla a su palabrería e impotencia, dejarla con su rostro adusto y cejijunto, detrás del cual, más allá de la pose, de la imagen, no hay absolutamente nada.

Y es que si los terroristas pueden “*perder para ganar*” quienes no lo son también; hay que saber perder y contenerse, esa es la clave frente a su crimen e irrelevancia. Disciplina, nunca bien definida ni comprendida.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE*